

LA DEVELIZACIÓN DE LA ESTATUA DEL GRAN HÉROE, QUIEN SE OFRECIÓ EN HOLOCAUSTO EN EL ALTAR DE LA PATRIA PARA REDIMIRLA DE LA ESCLAVITUD: JUAN SANTAMARÍA, 15 DE SETIEMBRE DE 1891

Patricia Fumero

RESUMEN

El presente trabajo analiza la develización de la estatua del héroe costarricense Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891.[1] El objetivo es contribuir con el estudio de uno de los ejes de la construcción de la identidad costarricense: el rescate sistemático de la Campaña Nacional (1856-1857) para la memoria colectiva de los y las costarricenses. El trabajo está dividido en tres partes. En la primera se analiza el papel de la estatuaria cívica y de las conmemoraciones. En el segundo apartado estudiamos algunos de los elementos que permitieron la formación de la identidad costarricense. En el tercero examinamos la develización de la estatua de Juan Santamaría, en Alajuela, y reflexionamos sobre el proceso que llevó a la recuperación oficial de la Campaña Nacional.

Palabras clave: Costa Rica, estatuaria cívica, Juan Santamaría, identidad, conmemoraciones, historia

ABSTRACT

This paper analyses the inauguration of the statue of the Costa Rican national hero Juan Santamaría on September 15, 1891. The objective of this paper is to contribute to the study of the construction of Costa Rican identities. First, I analyze the role of civic statuary and commemorations. Second, elements that promote identity formation are examined. Third, I consider the process that led to the official interest in the National Campaign of 1856-57 and the role played by the inauguration of Santamaría statue in the process.

Keywords: Costa Rica, commemorations, Juan Santamaría, identity, history

El presente trabajo analiza la develización de la estatua de Juan Santamaría, el 15 de setiembre de 1891. El objetivo es contribuir con el estudio de uno de los ejes de la construcción de la identidad costarricense: el rescate sistemático de la Campaña Nacional (1856-1857) para la memoria colectiva de los y las costarricenses. El trabajo está dividido en tres partes. En la primera se analiza el papel de la estatuaria cívica y de las conmemoraciones. En el segundo apartado estudiamos algunos de los elementos que permitieron la formación de la identidad costarricense. En el tercero examinamos la develización de la estatua de Juan Santamaría, en Alajuela, y reflexionamos

sobre el proceso que llevó a la recuperación oficial de la Campaña Nacional.

LA ESTATUARIA CÍVICA

Al complementar el estudio de la cultura política con el análisis del papel que juega la estatuaria cívica, los elementos simbólicos y los rituales en el proceso de construcción de identidades, es posible lograr una visión más compleja de la política. Los elementos anteriormente enumerados sirven para cumplir con varios propósitos, primero, a través de este tipo de simbología cívica

se construye una doble relación en el imaginario colectivo, entre la figura de los patricios y los valores primigenios de la nación, y entre el ciudadano y los valores representados por la figura escogida. La vigencia de la imaginería está determinada por el proceso de intercambio social, lo que supone una transformación permanente del significado original que se pierde en el tiempo. El concepto de nación, promovido y difundido por el Estado, se impone en el decorado urbano a través de la escogencia de lo representado por la estatuaría cívica y el despliegue de símbolos patrios. De tal manera, podemos argumentar que el conjunto de rituales que se practican alrededor de la imaginería permite que se conviertan en un complemento simbólico-cultural del proceso de construcción de la nación. A su vez, los símbolos cívicos constituyen un conjunto de signos ideológicos, que junto con los cotidianos, artísticos, filosóficos o literarios, configuran el ambiente ideológico (Bajtin citado por Silvestri, 1993, p. 58) y forman parte de la conciencia social de la comunidad. Una pregunta que surge en el estudio de este fenómeno es la siguiente ¿por qué se privilegia la instalación de la estatuaría cívica en las ciudades y no en las áreas rurales? La respuesta puede ser la naturaleza misma de la conformación de las ciudades modernas de fines del siglo XIX, las cuales se crearon a partir de la suma de inmigrantes. Esto supone que se convirtieran en ciudades plurales, seculares y sin identidad propia, mientras que en las áreas rurales las identidades se mantuvieron localmente. Palmer plantea que en el San José de fines del siglo XIX, a nivel popular existía tanto un profundo localismo vinculado con la municipalidad o con la aldea, como una relación con la autoridad central mediada por vínculos con el patrón y el cura de su localidad, todo circunscrito por una concepción de la comunidad política fuertemente teñida por una noción católica y sagrada de su posición en el cosmos (Palmer, 1992, p. 179). Así, las ciudades necesitan reinventarse para asumir el nuevo papel asignado por los grupos dominantes, lo que resultará en un proceso de aculturación, es decir, de la asimilación, por parte de las poblaciones inmigradas, de los valores y de las costumbres de los ciudadanos (Lepetite, 1996, p. 128).

Segundo, a partir de la selección del lugar en el cual se coloca la imaginería cívica se pueden definir los espacios vitales de las ciudades. La estatuaría cívica se transforma en un referente espacial y del poder al brindar una serie de valores que permiten la consagración del poder que los grupos dominantes desean proyectar. Olsen (1986) establece que los monumentos están diseñados para proyectar temor o admiración al observador, para recordarles la antigüedad de las dinastías, el poder del régimen, la riqueza de la comunidad, la verdad de la ideología que proyectan, las victorias militares o los triunfos de las revoluciones. Por ello, representan la riqueza, el poder y la verdad.

Por último, al analizar como se conmemora el calendario cívico podemos estudiar los ritos y las representaciones vinculados con la patria y comprender el ideal cultural asociado al proceso de construcción de la nación (Chartier, 1992). De esta forma, la transformación urbana bajo el ideal cultural de los liberales decimonónicos enlaza la cuestión urbana a la cuestión social, de allí nuestro interés en intentar comprender el vínculo entre lo social-individual y la identidad nacional. En efecto, al establecer un sistema de signos, ritos y emblemas, este elemento simbólico permite la creación de una identidad relacionada con los valores, las acciones o los eventos que representan. El buen ciudadano podrá leer el significado atribuido a los símbolos cívicos cada vez que el signo o el rito se reproduzcan. Son el reconocimiento y la identificación que hacen los ciudadanos los que permiten la reproducción y legitimación del poder. Decididamente, se trata de lo simbólico, si se admite que el emblema se hace símbolo cuando adopta una carga de significados múltiples, situados en distintos grados de conciencia y hasta de inconsciencia. De aquí se desprende el papel efectivo que tiene la imaginería como un factor ideológico e histórico. Al analizar la función de estos significados a lo largo del tiempo, se puede determinar su efectividad como signos de representación del poder en tiempos modernos (Fumero, 1997).

El aspecto simbólico está presente en el ceremonial sacralizado de la nación. Nos referimos a la ritualización de la conmemoración

—entendida como un ritual instituido—, a las procesiones cívicas y a los desfiles patrióticos. En la inauguración o develización de los monumentos históricos y los edificios públicos, también se perpetúa la memoria histórica. La investigación sobre la estatuaría cívica, permite el estudio del espectáculo y, la cultura política que promueven las conmemoraciones y de la creación del sentimiento de pertenencia a una comunidad real y del proceso de invención de las tradiciones. La cultura política es entendida como aquellas prácticas populares simbólicas y los valores nacionales asociados con el proceso de legitimación del poder que pueden ser aprendidos, apropiados e internalizados cuando se participa en las celebraciones, conmemoraciones y procesos electorales. En suma, la cultura política consiste en actitudes, normas y creencias compartidas por los grupos sociales. El entendimiento que los actores colectivos e individuales tienen de sus instituciones, prácticas y grupos políticos que operan en un contexto determinado refleja la cultura política.

Según Hobsbawm (1997), la invención de tradiciones supone tres tipos básicos de procesos: aquellos que simbolizan cohesión social o pertenencia a grupos reales o a comunidades artificiales; los que legitiman instituciones, estatus o relaciones de autoridad y los que priorizan la socialización, la enseñanza de creencias, sistemas de valores y formas de comportamiento. Es en función de los intereses de los sectores dominantes que se selecciona y organiza la simbología nacionalista mediante la oficialización de los nuevos días de fiestas patrias, el despliegue de los símbolos cívicos, de ceremonias, de conmemoraciones y de héroes. Estos elementos, cargados de significados intrínsecos, son utilizados por el Estado para construir un nacionalismo basado en propuestas cívicas al crear símbolos comunes, en los cuales los nuevos ciudadanos pueden encontrar una identidad a la vez colectiva e individual.

No es suficiente estudiar la forma cómo los símbolos fueron seleccionados, sino que es necesario determinar cómo fueron apropiados o rechazados por el espectador-ciudadano, en otras palabras como son interiorizados por el conjunto

social. El valor subjetivo de la imaginaria cívica se evidencia al representar acontecimientos preseleccionados y al convertirse en referentes de la ciudadanía. La realidad que reflejan está definida por una visión socialmente establecida, por ello son un fenómeno ideológico. En suma, la imaginaria cívica se convierte en un sistema de intercambio comunicativo en las sociedades al transmitir contenidos culturales predefinidos. Así, la forma cómo los diferentes actores sociales utilizan su tiempo libre es una de las vías para conocer las prácticas culturales y políticas de una sociedad. El Estado también utilizó el espacio brindado por el esparcimiento para promover su visión de mundo e inculcar valores como el civismo, el patriotismo y, especialmente, el concepto de nación, entre los recién concebidos ciudadanos. La reorganización de las ciudades se convirtió en otro elemento utilizado por los liberales para disciplinar a los sectores populares. La estatuaría se convirtió en la metáfora del buen orden cívico, y su correcta lectura convierte a los espectadores en buenos ciudadanos.

LA FORMACIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD: LA COSTARRICENSE

En la década de 1870 llega al poder un nuevo grupo político que inicia una serie de reformas tendientes a modernizar, en un sentido capitalista y positivista, la sociedad y el Estado costarricense. Así, la llamada República Liberal (1870-1914) se caracterizó por la búsqueda de una mayor autonomía del Estado. En el ámbito económico, los liberales se declararon defensores del modelo capitalista y restringieron su injerencia en los asuntos económicos, a la vez que propiciaron la inversión extranjera. El ideal de progreso estaba asociado al desarrollo material producto de los vínculos con los mercados internacionales y la comercialización del café y del banano. En el plano político, procuraron construir un régimen electoralmente democrático.

En lo social, los gobiernos liberales se caracterizaron por un creciente control cuyo objetivo fue civilizar a los sectores populares. El orden era considerado como una condición necesaria

para lograr el progreso material y económico del país, de allí la necesidad de fortalecer la presencia del Estado en el territorio costarricense, lo que en última instancia permitió ejercer un mayor control social. El discurso liberal de civilidad estuvo relacionado con el desarrollo cultural de la sociedad costarricense y con la promoción de nuevos patrones de comportamiento y valores morales, así como con la diversificación de los patrones de consumo. Estos ideales estuvieron apoyados por la reforma educativa de 1885 la cual posibilitó llevar los contenidos ideológicos a diversos sectores sociales. En otras áreas buscaron constituir un Estado laico y soberano, libre de la intervención de la Iglesia en la sociedad civil y especialmente en la educación, por lo que fomentaron el desarrollo de un espacio de opinión pública y de cultura ciudadana. Los conceptos que se privilegiaron fueron orden, progreso y civilidad entendidos como modernización en los ámbitos político, económico, social y cultural. La promoción de tales ideales estuvo unida a un discurso sobre la soberanía, la nacionalidad y progreso.

El orden liberal se representó en la jerarquización del espacio social y en la escenificación que suponen las conmemoraciones. A este proceso se sumó la promoción de un sistema de educación alternativo, fundamentado en la educación informal, en el cual el espacio brindado por las diversiones públicas representó un papel muy importante. Así, los liberales emplearon el espacio ofrecido por las diversiones públicas para promover su visión de mundo. Además, las creaciones artísticas que se instalaron en los parques permitieron, deliberadamente, que sus espectadores percibieran ciertos cánones estéticos y valores que sirvieran como expresiones del sistema hegemónico y de la moralidad imperante a través del decorado urbano. Podemos analizar este fenómeno a la luz de los ejemplos brindados por el Parque de la Estación, convertido en Parque Nacional, en 1892 y la designación de un espacio en el casco urbano alajuelense que dará lugar al Parque Juan Santamaría, en agosto de 1891. La Secretaría de Fomento, el 22 de agosto de 1888, considerando,

Que está dispuesto erigir un monumento en honor de la memoria del heroico soldado Juan

Santamaría, y corresponde designar el lugar en que deba colocarse, por tanto, el Presidente de la República acuerda: Que el expresado monumento se coloque en el centro de una plaza que se formará en la parte oeste de la segunda manzana situada al sur de la plaza principal de la ciudad de Alajuela. (CLD, 1888, pp. 499-500)

De la misma forma y con el objetivo de consolidar en el imaginario nacional la Campaña Nacional como un hito fundacional de la historia costarricense, se dispuso designar la entrada y remate de la capital, San José, como el sitio indicado para que los visitantes y nacionales recibieran la lección de civismo brindada por el Monumento Nacional, de esta forma se estableció que el

“...sitio conocido con el nombre de Plaza de la Estación [es el lugar idóneo] para colocar el Monumento que por decreto No. 35 [sic por 18] de 27 de octubre de 1857 se mandó levantar en la Plaza Mayor de esta ciudad, hoy Parque Nacional, en conmemoración de los triunfos obtenidos por nuestro ejército en la guerra contra los filibusteros.” (C L D, 1892, T. II, p. 55.)

En este contexto se develizó, el 15 de setiembre de 1891, la estatua a Juan Santamaría, en Alajuela y cuatro años después, también un 15 de setiembre, el Monumento Nacional. En suma, la idea de nación -concebida como comunidad imaginada- surge al promoverse un nacionalismo oficial (Anderson, 2000). Este nacionalismo fue diseminado por el Estado utilizando un conjunto bastante diverso de medios e instituciones, entre las cuales la estatuaría cívica y las conmemoraciones se convirtieron en el complemento simbólico-cultural de las reformas liberales (Fumero Vargas, 1997).

El ascenso del nacionalismo se evidenció con la creación y uso de los símbolos patrios, entre otras actividades. Una muestra es el Pabellón Nacional, el cual se diseñó y se izó por primera vez el 12 de noviembre de 1848, en la Plaza Mayor de San José (hoy Parque Central) pese, a que es a partir de la década de 1870 que se empieza a desplegar sistemáticamente en las actividades oficiales y civiles. Igualmente, la música

del Himno Nacional, compuesta a mediados de 1852 por José María Gutiérrez, comenzó a ser ejecutada en todas aquellas actividades oficiales, aunque su versión última es de 1903 después de tres versiones (una de 1893, escrita por el colombiano José Manuel Lleras, la segunda, de 1879, por Juan Garita y la tercera, de 1888, de Juan Fernández Ferraz). La versión definitiva de la letra del Himno Nacional es del poeta anarquista José María Zeledón, quien ganó el concurso que al efecto se convocó en 1903. Esta nueva versión la interpretaron por primera vez doscientos estudiantes, el 15 de setiembre de 1903 (Vargas Cullel, 1999). El despliegue de símbolos patrios y las conmemoraciones está asociado con la necesidad creciente de incorporar a los sectores populares en las actividades cívicas. De esta forma, a partir del arribo de los liberales al poder también se inicia un proceso de cambio en la cultura política costarricense.

En 1888, Bernardo Soto anunció que retomaría y ejecutaría los decretos emitidos por el Presidente Juan Mora Porras, en 1857, en los cuales se determinaba la realización de un complejo escultórico que coronaría las glorias obtenidas durante la Campaña Nacional de 1856-1857. Irónicamente serán sus sucesores, José Joaquín Rodríguez (1889-1894) y Rafael Iglesias (1894-1902) quienes cosecharán los beneficios de esta iniciativa. Ambos utilizaron la develización del Monumento Nacional a la Campaña Nacional para legitimar sus cuestionados gobiernos. De tal modo que la recuperación de la Campaña Nacional permite analizar la forma en que el Estado liberal costarricense logró seleccionar y organizar la simbología nacionalista en función de sus intereses hegemónicos, mediante la oficialización de nuevos días de fiestas patrias, de ceremonias y de héroes.

El papel cívico de la estatuaria se pone de manifiesto en la forma en que se financiaron estas obras. Muchos de estos iconos patrios fueron subvencionados mediante la suscripción pública y el aporte del Estado. Para erigir la estatua al soldado Juan el pueblo participó -por decreto- en una suscripción pública, de igual forma se financió la contratación del Monumento Nacional, en 1888. Con este fin, en 1887, el Presidente Bernardo Soto (1885-1889) acordó:

...promover una suscripción nacional destinada a ese objeto [erigir un monumento a la memoria de Juan Santamaría en Alajuela] la cual debe levantarse en cada provincia por los respectivos gobernadores y comandantes militares, quienes darán cuenta cada quincena a este Ministerio [Secretaría de Guerra] de las cantidades recogidas para depositarlas en el Banco de la Unión, y enviar la lista de los contribuyentes, a fin que se publique en el Diario Oficial (CLD, 1888, pp. 376-377).

Debido a que el dinero recolectado no fue suficiente, en julio de 1887, se asignó la cantidad de cinco mil pesos del Tesoro Público para auxiliar la construcción del monumento referido (CLD, T. II, pp. 115-116). El total de gastos de la develización del bronce al soldado Juan superó los 13.000 pesos (ANCR, Congreso, 1915, Doc. 11486, f.4). Sobre los gastos que supuso la develización del Monumento Nacional, no existen datos precisos (La Gaceta, 210, 08 de setiembre de 1895, p. 1). Las fiestas de 1895 asociadas a tal develización duraron más de un mes para los sectores dominantes y tres días para los sectores populares, lo cual demuestra el interés de los políticos por consolidar su imagen pública en los visitantes extranjeros y las elites locales. El uso de la estatuaria cívica como una manifestación del poder político no era una táctica política nueva. Una de las primeras inauguraciones (las cuales casi siempre eran develizaciones) se formalizó el 15 de setiembre de 1876, cuando en el marco de tres días de fiestas patrias, se colocó una estatua en la Plaza de Armas, encima de la fuente. El cronista del periódico El Costarricense la describió de la siguiente manera:

Una especie de estatua simbólica del tipo de nuestros aborígenes... La estatua de la libertad, perfectamente representada, con una bandera de la Nación en la mano izquierda y en la otra un pedazo de cadena simbólico de cómo rompimos las cadenas de la esclavitud, cambiando la degradante y humilde condición por la de ciudadanos libres (El Costarricense, 8 de setiembre de 1876, p. 2).

Una década después de la inauguración de esta estatua, el 10 de agosto de 1887, el General Bernardo Soto develizó, en el Parque Morazán, el

busto de su suegro, el general Próspero Fernández (1882-1885), a quien "la República era deudora de grandes beneficios." Pese a la oposición política que se gestó por la instalación de esta estatua, los liberales intentaron reelaborar y legitimar una figura de por sí cuestionada, en el marco de las negociaciones fronterizas que Soto recién había terminado con el Presidente de Nicaragua, Evaristo Carazo (1887-1889) (Fumero, 1996). De esta manera se aprovechó la coyuntura política y la movilización popular para legitimar la develización del busto de Fernández.

La develización del busto de Fernández se efectuó el mismo día que el Presidente Soto llegó a la capital procedente de la provincia de Limón y, tras hacer una estratégica parada política en Cartago. En la estación del Ferrocarril al Atlántico, en San José, fue recibido con una ovación espontánea y merecida programada y organizada de antemano. Se calcula que a esta actividad asistieron alrededor de 4.000 personas, entre los cuales figuraban 700 alumnos de diferentes escuelas públicas de San José. Se prepararon diversiones públicas y un espléndido lunch para que participaran los sectores populares. Soto y su comitiva caminaron de la estación al Atlántico, escoltados por un batallón de infantería hacia el Parque Morazán luego de atravesar un arco de honor (Viquez, 1887, pp. 219-222). Este tipo de actividades abrió paso a una nueva de cultura política en Costa Rica en la cual se integró a los sectores populares como participantes activos en las representaciones cada día más sistemáticas del poder.

Juan Rafael Mora (1850-1859) fue el primer presidente en celebrar la Campaña Nacional. Sin embargo, el elevado costo económico y humano que supuso la guerra limitó las posibilidades de utilizarla como base para articular proyectos políticos y culturales más amplios. Con la caída de Mora en 1859 y su posterior fusilamiento en 1860 -junto con el General José María Cañas-, la Campaña fue cubierta con un discreto silencio oficial, lo que impidió que los gobiernos subsiguientes, desafectos a la figura de Mora, celebraran la campaña contra el filibusterismo yankee. La recuperación simbólica de la guerra de 1856-1857 tuvo que esperar casi treinta años, cuando la intelectualidad liberal rescató la

Campaña Nacional como base de la nacionalidad costarricense.

La consolidación de la Campaña Nacional como eje del proyecto liberal de construcción de la nación y la nacionalidad costarricense, -entendida como una nueva forma de identidad colectiva y secular- estuvo asociada con la cobertura que proporcionó el sistema educativo para fines del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. De este modo, la infraestructura educativa formal sirvió para movilizar un contingente de costarricenses que se aprestaron a conmemorar anualmente la gesta de Rivas a partir de 1916 (Díaz, 2006). El apoyo que la educación ofreció al Estado fue determinante al brindar el contenido cívico mediante la enseñanza de la historia patria, los himnos y el respeto a los símbolos e iconos nacionales. El caso específico de las fiestas nacionales en ocasión de la develización de la estatua del héroe alajuelense y del complejo escultórico conmemorativo de la Campaña Nacional, constituyó un marco de referencia que permitió la institucionalización de la misma. Este proceso supuso el rescate de la tradición popular y la institucionalización, para la cultura oficial, de la figura de Santamaría y, la consolidación de la celebración y conmemoración popular del 15 de setiembre como fecha que marcó el inicio de la vida republicana y democrática, a partir de la develización del Monumento Nacional. Consecuentemente, la Campaña Nacional se incluyó en el primer compendio de historia de Costa Rica que se publicó por recomendación de la Secretaría de Instrucción, hacia 1894. En este trabajo aun no se incluye la figura de Juan Santamaría. El 11 de abril no se institucionaliza sino hasta 1915 (Mendez, XXXX). Sin embargo, al pie del Monumento Nacional, el 15 de setiembre de 1895, el Ministro de Guerra, General Juan Bautista Quirós resaltó el importante papel jugado por la Campaña Nacional transformada en una guerra de independencia sustituta. En su discurso indicó lo siguiente:

Señores, si en 1821 hicimos conquista pacífica de nuestra independencia, más tarde en 1856 y 1857, sellamos con sangre generosa, con actos de heroísmo sublime y con esfuerzos denodados,

propios de la leyenda, la obra incruenta, pero trascendental, de nuestros padres, demostrando de esta suerte, al cabo de treinta y cinco años, que éramos dignos de la independencia para nosotros conquistada por nuestros gloriosos antecesores, y que sabíamos apreciar y defender el rico legado de libertad que nos viene transmitiendo de generación en generación, como un depósito sagrado e invulnerable... La campaña contra el filibusterismo cosmopolita vino a ser de este modo para Centro América, el complemento de su independencia, su consagración de pueblo libre (La Gaceta, 18 de agosto de 1895, pp. 3-4).

En esta ocasión, la apropiación oficial de la Campaña Nacional se tradujo en la creación y consolidación de una conmemoración más para el calendario nacional. La creación de nuevas tradiciones está íntimamente ligada al proceso de socialización, en el cual se inculcan creencias, sistemas de valores y nuevas formas de comportamiento a los diversos sectores de la sociedad, en este caso, la costarricense.

EL CASO DEL SOLDADO JUAN (15 DE SETIEMBRE DE 1891)

¿Por qué una estatua a Juan Santamaría y no a Juan Alfaro Ruiz? Esta fue la pregunta que Ricardo Jiménez hizo el 15 de setiembre de 1891, momentos antes de que se develizara la estatua a Juan Santamaría, en Alajuela. Y él mismo, en su calidad de presidente de la Corte Suprema de Justicia respondió de la siguiente manera al explicarle a la multitud que se congregó alrededor de la estatua, que

al erigirla al primero [Juan Santamaría] no sólo se paga una deuda de gratitud para con el tambor valeroso... sino que... se exalta y conmemora lo que hubo de grande en aquellas expediciones del [18] 56 y 57... por manera viene a ser esta estatua un monumento al pueblo humilde, a los desconocidos de Santa Rosa, el Río y Rivas, el heroísmo anónimo que salvó a la Nación (La Gaceta, No. 216, 18 de setiembre de 1891).

El primero en referirse a la heroicidad de Juan Santamaría fue el ex gobernante de Nueva Granada (hoy Colombia) José de Obaldía, el 15 de setiembre de 1864 mientras se hallaba en el exilio. Esta disertación no fue publicada en los periódicos, sino que circuló a partir de unos folletos que fueron impresos por el gobierno de Jesús Jiménez (1863-1866, 1868-1870). En 1883, el exiliado hondureño Álvaro Contreras retomó las palabras de Obaldía y destacó en un editorial la importancia de la hazaña del tamborcillo alajuelense. Ese editorial, a la postre, propició que se aglutinara la tradición local y los intereses del Estado costarricense. Por tanto, en medio de los problemas políticos que tuvieron que enfrentar los gobiernos de la década de 1880, la Campaña Nacional fue un elemento determinante en el proceso de construcción de la nacionalidad costarricense. El Gobierno asumió la iniciativa alajuelense de erigir la estatua al soldado Juan y la promovió en el ámbito nacional mediante la convocatoria de una suscripción nacional, la cual reforzó la condición militar del héroe. Aunque lo recogido en esta ocasión no fue suficiente para completar el costo que supuso el bronce, al menos se logró que los militares y la ciudadanía se imaginaran como integrantes de una comunidad nacional al participar en la consecución de fondos. La iniciativa sirvió también para que los veteranos de la guerra participaran en la develización de la estatua del gran héroe, quien se ofreció "en holocausto en el altar de la Patria para redimirla de la esclavitud." Una estrategia similar se utilizó con motivo de la develización del Monumento Nacional en 1895.

Debido a las dudas que la figura de Santamaría presentaba para algunos sectores, y con el objetivo de esclarecer, legitimar e institucionalizar el delicado asunto de Santamaría, el Gobierno se preocupó de levantar declaraciones entre los veteranos de la Campaña Nacional antes de la develización del bronce. Con este objetivo se levantó en 1891 la Información ad-perpetuum: heroísmo de Juan Santamaría: batalla del 11 de abril de 1856 (Chacon, 1891). En la información ad perpetuum lo que se intenta es demostrar un hecho que podría quedar en el futuro sin prueba, tuvo carácter declarativo, y se buscó determinar

la quema del Mesón por Juan Santamaría. Esta actividad fue promovida por el Club Liberal de Alajuela, y apoyada por el Municipio. Las declaraciones se presentaron en San José y Alajuela durante el día 8 de agosto de 1891 (Gallegos, 1966).

El ambiente político nacional se mantuvo tenso a partir de los acontecimientos que llevaron a José Joaquín Rodríguez a la Presidencia, sobre todo después de la persecución política que se desató en ese momento. En esas circunstancias, la develización y la conmemoración del septuagésimo aniversario de la independencia centroamericana le ofrecieron a Rodríguez un espacio para practicar una política conciliatoria. Esta circunstancia fue aprovechada por el gobernante para congraciarse con la ciudadanía al decretar que se concedía la más amplia amnistía a favor de todos los que se encuentran penados por causas políticas (La Gaceta, 18 de setiembre de 1891, p. 1).

El impacto político que supuso la actividad del 15 de setiembre, con la inauguración del primer monumento a las glorias nacionales fue resaltado por Rubén Darío al apuntar que allí fueron juntos “el botón rojo y la escárpela tricolor; los de Rodríguez y los de Esquivel... a ver el vencimiento de la idea de la patria, sobre todas las ideas parciales y de cuerpos políticos” (Darío, 1891). La prensa que cubrió el evento también tomó nota de la importancia política de la actividad y el estatus al cual Santamaría había sido elevado “el libertador de la República,” y resaltó lo que se esperaba de los sectores populares: agradecimiento, nacionalismo y civilidad. La sección editorial del periódico oficial La Gaceta del 18 de setiembre se refiere de la siguiente forma:

Como complemento de la festividad celebrada y deseoso el Gobierno de que tanto en el aniversario de la independencia nacional, como al erigirse la estatua consagrada al Libertador de la República, gozaron los costarricenses que sufren alguna pena por causas políticas de la libertad de que habían sido privados, trayendo a sus hogares la tranquilidad perdida y el consuelo, ha dictado el decreto que con esta fecha se publica, concediéndoles la más amplia amnistía.

Que este rasgo de magnanimidad y de patriotismo del Jefe de la Nación obtenga de los agradecidos la debida recompensa en honor a nuestras instituciones, en bien del orden y de la tranquilidad de la República y en provecho de la unidad y concordia que debe reinar entre todos los ciudadanos bien inspirados en el porvenir de la patria (La Gaceta (18 de setiembre de 1891).

A la develización, Rodríguez fue acompañado por una comitiva oficial, la cual estaba compuesta, en orden jerárquico de aparición, por los supremos poderes, el Ministro de Serenísima Majestad Católica, altos dignatarios de la Iglesia y Camilo Mora en representación de su padre, Juan Rafael Mora, y de su tío José Joaquín Mora. También participaron Rafael Cañas en nombre del general José María Cañas, gobernadores y munícipes, cónsules extranjeros, periodistas, miembros del Estado Mayor y el Comité Municipal de las fiestas de Alajuela.

Las fiestas cívicas comenzaron el 14 de setiembre en la noche después de que llegó el tren repleto de cartagos, heredianos y josefinos. La ciudad de Alajuela se vio invadida de visitantes que participaron en dos días de fiestas nacionales. Para las 8:00 de la noche se tenía programado las iluminaciones y una retreta a cuatro bandas frente al bronce. El 15 de setiembre como era costumbre, la ciudadanía despertó con las salvas de los cañones y la música de las bandas por la población. Los actos oficiales empezaron con el arribo del señor Presidente y su comitiva. Posteriormente llegó el tren de “inválidos de la Campaña Nacional,” a los cuales se les hicieron los honores respectivos. Al mismo tiempo, se honraba a la comitiva oficial con un banquete. Debido al tiempo que la comitiva oficial se había tomado en el banquete oficial entre el champagne y el almuerzo el Ministro de Guerra, Rafael Iglesias hizo el siguiente llamado a los invitados especiales

...apenas queda tiempo para llegar al programa oficial. Debemos perdonar hoy los dulces placeres de la mesa regalada de la educación y la amistad; pero no impide que yo beba y proponga que bebamos todos por la Patria y por Juan Santamaría (El Heraldo 22 de setiembre de 1891, p. 2).

Luego del brindis la comitiva oficial emprendió el camino y, al llegar a la Plaza Principal, los esperaban las tropas que se habían formado ya. En el nuevo parque había una enorme concurrencia para comenzar la ceremonia. Se calcula en más de 1.500 las personas que asistieron a la develización (La Prensa Libre, 20 de setiembre de 1891, p. 2). El primer orador fue el ministro de Guerra, Rafael Iglesias, quien hizo un recuento de los actos heroicos de 1856 y 1857. Enfatizó en que la estatua era una recompensa al heroísmo de Juan Santamaría, por lo que estableció que la Patria le abría hoy las puertas de la inmortalidad. También invitó a los soldados a imitar su ejemplo, y agradeció la presencia a los representantes de los Moras y los Cañas y a los “inválidos de la Campaña, [a quienes llamó] restos mutilados de aquel ejército.” Iglesias terminó en forma emotiva su discurso al decirle a la concurrencia que se prepararan “para saludar al héroe de Rivas, al soldado heroico del 11 de abril de 1856. ¡Compañeros de armas de Juan Santamaría, descorred el velo que lo cubre, mostradlo a la posteridad!” (La Prensa Libre, 18 de setiembre de 1891, p. 2). Sobre ese discurso, Darío dijo que

¡Bello fue aquel final... cuando hizo descubrir el monumento y apareció el 'Erizo' con su tea empuñada!... Las bandas hicieron estallar en trueno marcial y armónico, el himno patrio... las mujeres en los balcones agitaban los pañuelos y buscaban las flores del corpiño; lloraban con ardiente júbilo, los caballeros de sombrero de pelo y los trabajadores de chaqueta y sombrero de pita... ¡Y temblando de emoción, los inválidos de los viejos batallones y los soldados nuevos presentaban las armas! (Darío, 1891).

Posterior a la develización de la estatua, Ricardo Jiménez ofreció su discurso. A continuación lo hizo como orador invitado, Marcelino Pacheco, quien en su disertación comparó el reconocimiento de la heroicidad de Juan Santamaría con el proceso que tuvo que pasar Cristo para ser aceptado como redentor. Al finalizar los discursos, el poeta nacional Luis Flores leyó unos versos extensos y viriles, los cuales al igual que

los discursos fueron reproducidos por la prensa (El Herald, 22 de setiembre de 1891, p. 2). A continuación se entonaron tres diferentes versiones del Himno Patriótico a Juan Santamaría: uno compuesto por Emilio Pacheco, musicalizado por Rafael Chaves y cantado por jóvenes, señoritas y niñas de Alajuela, quienes al finalizar su participación depositaron, individualmente, una corona a los pies de la estatua. Segundo, el himno compuesto por Emilio Pacheco Cooper, musicalizado por Pedro Calderón y dirigido por el maestro José Campabadal, cantado por ciento cincuenta miembros de la sociedad cartaginesa, y el tercer himno fue compuesto por el herediano Gordiano Morales. Esta versión fue ejecutada por las cuatro bandas (Alajuela, Heredia, San José y Cartago). No se cantó la letra por no disponer del tiempo suficiente en Heredia para organizar un coro para tal efecto. Finalmente, se interpretó el pasodoble Juan Santamaría, compuesto por Octavio Morales con la letra del poeta Emilio Pacheco Cooper. Al ritmo del pasodoble comenzó el desfile del ejército, seguido por el cuerpo de inválidos. Con esta actividad finalizaron los actos oficiales enfrente de la estatua. La importancia de las actividades musicales evidencia el papel determinante que la música tuvo en la conformación de la nacionalidad costarricense (Vargas Cullel, 2004).

Paralelamente, en la gradería ubicada en una casa frente al parque, un grupo de civiles encabezado por Juan J. Gutiérrez improvisó su propio programa el cual fue interrumpido constantemente por la policía, pese a que el discurso fue elocuente, de corte liberal, e invocaba el derecho inviolable de la libertad de expresión. La participación de Gutiérrez fue tomada en cuenta por la crónica que del evento efectuó el periódico del Partido Constitucional, debido a que en el discurso campeó cierto espíritu de republicanismo (El Constitucional, 22 de setiembre de 1891). Después de Gutiérrez hizo uso de la palabra, el joven liberal, Lisímaco Hoyos:

...este joven, a pesar de invocar el derecho inviolable de la libertad de la palabra y el pensamiento, que dijo estaba consignado en nuestra constitución, fue interrumpido varias veces en

su discurso por agentes de policía. El señor Hoyos tuvo rasgos de verdadero entusiasmo patriótico y mereció justos aplausos, Después ya nadie se atrevió a hablar (Rudini, El Heraldo, 19 y 20 de setiembre de 1891, p. 2).

En esta tribuna popular, también intentó participar el sector de los obreros. Fue Francisco Mata Ulloa quien, en nombre de la Sociedad de Artesanos, pretendió dar un discurso que le fue impedido pronunciar. Pese a la represión policial, el documento se reprodujo en el periódico del Partido Constitucional pocos días después. Esta tribuna popular tuvo limitaciones en el uso de la palabra y supuso enfrentamientos entre los miembros de los sectores populares y los agentes de la policía. Pese a ello, la prensa neutralizó el conflicto, al resaltar y divulgar su propia visión según la cual durante los actos conmemorativos no se produjo ni un solo hecho que desdijera la armonía y paz que reinó en todas las ánimas (La Gaceta, 18 de setiembre de 1891, p. 2). Las anteriores participaciones espontáneas populares se consolidaban en la cultura popular costarricense y se encuentran en diferentes manifestaciones, movilizaciones y develizaciones del Valle Central de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Mientras todo esto ocurría, la comitiva oficial se dirigía al Palacio Municipal, en donde el presidente Rodríguez esperó a los veteranos para ofrecerles una recepción y los respectivos honores militares y se servirles bien merecido un refresco. En 1891, sólo dos de los altos jefes del ejército costarricense que participaron en Rivas estaban vivos, ellos eran el general Víctor Guardia y el general Federico Fernández. La ausencia de Guardia a las actividades que se realizaron el "santo día de la patria," fue comentada por la prensa. Por su parte el general Fernández, al hablar durante el brindis, reforzó el discurso oficial al establecer que Juan Santamaría simboliza el patriota y al valeroso ejército costarricense que combatió en Rivas (La Prensa Libre, 29 de setiembre de 1891, p. 2). Asimismo, enfatizó en la importancia de la solidaridad y el compromiso costarricense por la causa centroamericana. Este discurso centroamericanista se verá reforzado en

los textos que se publicaron en la prensa y en los discursos de los invitados especiales y oficiales con motivo de la develización del Monumento Nacional, cuatro años después.

En la noche del 15 de setiembre de 1891, para los sectores populares se ofrecieron juegos artificiales y una retreta a cuatro bandas, y para la elite se organizó un baile de gala que terminó en la aurora del día siguiente. La preparación de todas estas actividades tuvo una amplia difusión en los periódicos, desde fines de agosto hasta principios de octubre, lo cual evidencia el papel que juega la prensa en la reproducción y construcción en el colectivo de la imagen de lo nacional. Las notas sobre el evento motivaron a los periódicos a diseñar suplementos para conmemorar el 15 de setiembre de 1891. Tales suplementos dejan ver el papel de los intelectuales costarricenses que colaboraron de diversas formas al resaltar la importancia de la gesta.

Durante el período liberal, la prensa representó un papel importante al punto que para los periodistas el triunfo del presidente Rodríguez en la campaña electoral de 1889 era producto de la intervención de la prensa por eso no extraña que en 1891 se invitara a los gacetilleros al baile de gala, con el objetivo de que cubrieran el evento. El representante del periódico El Heraldo en la invitación que publicó este periódico, recordó a las damitas que "hará una crónica del baile y, les advirtió que las más simpáticas y complacientes con él, figurarán en primer término [en la crónica]. No olviden pues este dato" (El Heraldo, 11 de setiembre de 1891, p. 2).

La actividad a su vez permitió que los comerciantes aplicaran las modernas técnicas de mercadeo que invitaban al consumo. Aprovecharon la ocasión para promocionar nuevos productos que bautizaron con nombres vinculados al evento, como fue el caso del "perfume exquisito [Juan Santamaría], preparado con la esencia concentrada de las más olorosas FLORES DE ALAJUELA en honor del insigne patriota, el héroe mártir, del 11 de Abril. De venta en la Botica del Comercio" (La República, 16 de setiembre de 1891, p. 4). Además, se vendió una variada selección de fotografías tomadas por el reconocido fotógrafo costarricense Fernando

Zamora, el día del magno evento. Estas y otras actividades comerciales denotan el papel que las fiestas cívicas y las conmemoraciones empiezan a jugar en el dinamismo de las economías locales.

Según la prensa, al finalizar los festejos y al abordar el ferrocarril de regreso a sus casas todos los visitantes estaban satisfechos por las fiestas patrias, solo la tropa de Heredia, al despedirse de la provincia y ya en los vagones del ferrocarril, lanzó un “¡muera Alajuela!”, tan despreciable como que nadie hizo caso de él” (El Constitucional, 22 de setiembre de 1891). Las rivalidades locales entre Alajuela y Heredia habían quedado en evidencia desde el momento que el representante de la provincia de Heredia no se presentó a los actos oficiales.

EPÍLOGO

La celebración del 15 de setiembre fue consolidándose a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX e inicios del siglo XX como lo demuestran estudios recientes (Díaz, 2001). La fiesta de la patria había creado su propia ritualización, por este motivo, para algunos consideraban necesario celebrar el 15 de setiembre las glorias nacionales producto de la Campaña de 1856-1857. Uno de los intelectuales que ofreció una justificación adecuada fue Cleto González Víquez, al escribir que

...natural parecía haber inaugurado la estatua de Santamaría un once de abril; más ya no pudo se el día del aniversario de Rivas [pese a que la estatua arribó a Alajuela en marzo], ninguna fecha más propia que el 15 de setiembre... junto van bien, pues, la fecha de la proclamación incruenta de nuestra independencia y la fiesta dedicada a quien significa para nosotros el triunfo sobre los invasores filibusteros, a quien nos pone a la vista la sangre vertida por nuestros mayores en defensa del campo santo de la patria... No hay que dudarle. Era preciso, para apreciar cuanto vale la libertad, obtenida en 1821 un poco de regalo, que hubiese necesidad de mantenerla ferro et igne. Hoy la tenemos ganada, y Santamaría quedará siempre en la

historia de Costa Rica como uno de los padres de su independencia (El Heraldo, 17 de setiembre de 1891, p. 2).

El tránsito de una tradición local hacia una tradición nacional había comenzado. En el colegio de Cartago, el domingo 20 de setiembre, bajo la dirección de Juan Rudín sorprendió a la sociedad cartaginesa con una espléndida velada en honor al inmortal Santamaría. Rudín justificó la velada al manifestar que siendo republicano como era, no podía ver con indiferencia las glorias que esta República ha consagrado a Juan Santamaría, glorias que le recordaban al héroe de su país [Suiza], Guillermo Tell (El Heraldo, 24 de setiembre de 1891, p. 2). Asimismo, esa misma noche en el Palacio Municipal de Cartago, se ofreció un baile de gala en conmemoración del 15 de setiembre y al Ricaurte tico, Juan Santamaría. En ese baile hubo varios discursos, de los cuales se reprodujo en la prensa el dictado por Carlos Franco Salazar (La Prensa Libre, 25 de setiembre de 1891, p. 2). En su discurso, Salazar enfatizó en la necesidad de consolidar una unidad nacional y sobre todo la urgencia de elevar más y más el patriotismo en un periodo en el cual la nación y la nacionalidad estaban en construcción.

Los pensadores liberales entendieron que la recuperación y relectura de la Campaña Nacional les iba a brindar la oportunidad de utilizarla con el objetivo de iniciar el proceso de construcción una identidad nacional y de la nación costarricense. Los discursos realizados en 1891 tuvieron que repetir el recuerdo de la gesta heroica debido al relativo desconocimiento que del evento tenían la mayoría de los nuevos ciudadanos, como resultado del discreto silencio que cubrió la Campaña Nacional a partir del fusilamiento de Mora y Cañas en 1860. Igualmente, el Estado se preocupó en desmentir lo planteado en el libro de Historia de Costa Rica escrito por Lorenzo Montúfar, quien argumentaba en el texto que la hazaña llevada a cabo por el inmortal Juan Santamaría no es más que un mito (El Heraldo, 30 de agosto de 1891, p. 2). Las afirmaciones de Montúfar motivaron la contratación de diferentes intelectuales para que reescribieran la historia y exaltaran la Campaña Nacional de

1856 y 1857 en los textos escolares y de historia interpretándola como una guerra de independencia sustituta.

Aunque se promovió la ritualización del 11 de abril desde 1891, no es sino hasta 1915 que se decreta el 11 de abril como feriado obligatorio, con el objetivo de que la celebración fuera respetada y recordada por los costarricenses (ANCR. Serie Congreso, Doc. 11486, 1915, f. 4). Podemos terminar este artículo con las palabras del editorial de La Gaceta, del 13 de setiembre de 1891,

...por una coincidencia feliz y deliberada hoy se celebra el descubrimiento de la estatua a Juan Santamaría, en la ciudad de Alajuela, en la conmemoración de la muerte de aquel soldado el 11 de abril de 1856, en Rivas, hecho que en parte considerable afirmó la libertad de Centroamérica obtenida en 1821 (La Gaceta, 13 de setiembre de 1891, p. 2).

FUENTES PRIMARIAS

- ANCR, Colección de Leyes y Decretos, 1887, Tomo II, pp. 115-116.
 ANCR, Colección de Leyes y Decretos, 1888, pp. 376-377.
 ANCR, Serie Congreso, Doc. 11486, 1915, f. 4.
 La Gaceta, No. 210 (08 de setiembre de 1895), p. 1.
 El Costarricense (18 de setiembre de 1876), p. 2.
 La Gaceta (18 de agosto de 1895), pp. 3-4.
 La Gaceta, No. 216 (18 de setiembre de 1891).
 El Heraldo (22 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Prensa Libre (20 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Prensa Libre (18 de setiembre de 1891), p. 2.
 El Heraldo (22 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Gaceta (18 de setiembre de 1891), p. 1.
 La Prensa Libre, (22, 23 y 25 de setiembre de 1891).
 La Gaceta (18 de setiembre de 1891).
 El Constitucional (22 de setiembre de 1891).
 El Heraldo (19 y 20 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Gaceta (18 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Prensa Libre (29 de setiembre de 1891), p. 2.
 El Heraldo (11 de setiembre de 1891), p. 2.
 La República (16 de setiembre de 1891), p. 4.
 El Constitucional (22 de setiembre de 1891).
 El Heraldo (17 de setiembre de 1891), p. 2.
 El Heraldo (24 de setiembre de 1891), p. 2.
 La Prensa Libre (25 de setiembre de 1891), p. 2.

- El Heraldo (30 de agosto de 1891), p. 2.
 Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR) Serie Congreso, Doc. 11486, 1915, f. 4.
 La Gaceta (13 de setiembre de 1891), p. 2.

FUENTES IMPRESAS

- Chacón, T., ed. (1891). Información ad-perpetuum: heroísmo de Juan Santamaría: batalla del 11 de abril de 1856. San José: Imprenta de José Canalías.
 Víquez, P. J. (1887) Relación del viaje del señor presidente de Costa Rica, general Don Bernardo Soto. San José: Tipografía Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (2000). The Spectre of Comparisons. Nationalism, Southeast Asia and the World. London: Verso.
- _____. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bajtin, M. (1990). La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais. Madrid: Alianza Editorial.
- Chartier, R. (1995). El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación. Barcelona, Gedisa.
- _____. (1991) The Cultural Origins of the French Revolution. Duke University Press.
- Dario, R. (1891) "Fiesta de la Patria," en La Prensa Libre, (22, 23 y 25 de setiembre).
- Díaz Arias, D. (2006). Historia del 11 de abril. Juan Santamaría entre el pasado y el presente (1915-2006), Teoría y métodos. San José: EUCR.
- _____. (2001). "La Fiesta de la Independencia en Costa Rica, 1821-1921." M.Sc., Universidad de Costa Rica.
- Enríquez Solano, F. J. e I. Molina Jiménez. (2000). Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica. Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Fumero Vargas, P. (1996). "Visitas oficiales, discursos de tres leguas, campanudos y rimbombantes: relación del tratado Soto-Carazo, 1887." Anuario de Estudios Centroamericanos 21, no. 1: 109-24.

- _____. (1996). "Entre el Estado y la Iglesia: el teatro en San José a fines del siglo XIX." *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 34: 239-66.
- _____. (1996). *Teatro, público y estado en San José, 1880-1914: una aproximación desde la historia social*. 1. ed. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- _____. (1998). *El Monumento Nacional. Fiesta y develización, setiembre de 1895*. Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Gallegos Salazar, D. (1996) *Vida privada y hecho heroico de Juan Santamaría*. San José: Imprenta Nacional.
- Gil, E. (1991). *El Estado de fiesta. Feria, foro, corte y circo*. Madrid: Espasa-Calpe, 1991.
- Gil, J. D. (1996). "Controlaron el espacio hombres, mujeres y almas. Costa Rica: 1880-1920." Ponencia presentada en el Tercer Congreso Centroamericano de Historia, Universidad de Costa Rica.
- Hobsbawm, E. y T. Ranger, eds. (1983) *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (1997). *Sobre la Historia*. Barcelona: Grijalbo.
- Kaplan, T. (1992). *Red City, Blue Period: Social Movements in Picasso's Barcelona*. Berkeley: University of California Press.
- Lemistre Pujol, A. (1988). *Dos bronceos conmemorativos y una gesta heroica: la estatua de Juan Santamaría y el Monumento Nacional*. 1. ed. Alajuela, Costa Rica: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Lepetit, B. (1996). "Comunidad ciudadana, territorio urbano y prácticas sociales," en *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodológicas recientes*. México: Instituto Mora.
- Lomné, G. (1998). *La patria en representación. Una escena y sus públicos: Santa Fe de Bogotá, 1810-1828*. En: *Francois-Xavier Guerra, et al. Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Méndez Alfaro, R. (2006). *Juan Santamaría: una aproximación al estudio del héroe 1860-1915*. San José: EUNED.
- Molina Jiménez, I. y S. Palmer. (2000). *Educando a Costa Rica: alfabetización popular, formación docente y género (1880-1950)*. 1a ed, Colección Ciencias Sociales. San José: Editorial Porvenir.
- Molina, I. y P. Fumero. (1997). *La sonora libertad del viento. Sociedad y cultura en Costa Rica y Nicaragua, 1821-1914*. México: IPGH.
- Molina, I. (1995). *El que quiera divertirse*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- _____. (1999). *Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica: la alfabetización popular (1821-1950)*, en: Patricia Vega, editora. *Comunicación y construcción de lo cotidiano*. San José: EUCR.
- Olsen, D. (1986). *The City as a Work of Art*. London, Paris, Vienna. Yale University Press.
- Palmer, S. (1992). "Sociedad Anónima. Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica (1848-1900)." En *Héroes al gusto y libros de moda: sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750-1900)*, eds. I. Molina Jiménez y S. Palmer, 169-205. San José: Editorial Porvenir; Plumsock Mesoamerican Studies.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. New Hampshire: Ediciones del Norte.
- Salazar Mora, O. (1990). *El apogeo de la República Liberal en Costa Rica: 1870-1914*. 1. ed, v. 1. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Schorske, C. (1981). *Fin-de-siècle Vienna. Politics and Culture*. New York: Vintage Books.
- Sibaja, L. F. (1974). *Nuestro límite con Nicaragua*. San José: Comisión Nacional de Conmemoraciones.
- Thompson, Guy, (1990). "Bulkwarks of Patriotic Liberalism: The National Guard, Philharmonic

Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88." En: *Journal of Latin American History*, Vol. 22, Part 1, Feb. pp. 31-68.

Vargas Cullel, M. C. (2004). *De las fanfarrias a las salas de concierto: música en Costa Rica (1840-1940)*. 1. ed. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica: Asociación Pro-Historia Centroamericana.